COMEDIA NUEVA, EL MARIDO DE SU HIJA.

SU AUTOR

Don Antonio Valladares de Sotomayor.

La representó la Compañia de Manuel Martinez.



CON LICENCIA.

En Madrid: En la Imprenta de Alfonso Lopez, calle de la Cruz.

Se hallará, con otras varias del mismo Autor, en la Libreria de Casimiro Razola, calle de Atocha.

PERSONAS.

Don Bernardo del Pozuelo, Caballero anciano, y rico.

Don Enrrique, y
Don Luis, hermanos, y sobrinos de la esposa difunta de Don Bernardo.

Patricio, anciano Mayordomo del mismo.

Ventura, Criado del propio.

Martin, y
Marcela, su muger, Pastores.

Doña Aniceta, creida hija de Don Bernardo.

Doña Matilde de Samaniego, su Aya

Un Sargento.

Dos Soldados.

Labradores, y Labradoras.

La Scena se representa en la Casa de recreacion que Don Bernardo tiene en Getafe, como igualmente la mayor parte de su hacienda.

JOR-

JORNADA PRIMERA.

El Teatro representa un salon largo. Sale Ventura observando con cuidado la Scena. Pasa al bastidor de la izquierda, y hace lo mismo; vuelve al de la derecha, y saca á Don Carlos vestido de Soldado.

Vent. NAdie hay en toda esta estancia.
Miraré alli. No quisiera
que lo que con tanto encargo
fió de mi diligencia
Don Enrique, dispusiese
la suerte se descubriera.
Seguro está el paso. Quantos
en esta corte se encuentran,
están al dolor postrados,
y ninguno habrá, que pueda
advertir este secreto.

Llega al bastidor, y saca á Don Carlos.

Seguidme. No hay contingencia
en llevaros hasta el quarto
de Enrrique.
Carl. Los Cielos quieran,
ó acabar mi triste vida,
ó poner alguna tregua
al abismo de mis males,
y al torrente de mis penas! *vanse.*

Sale Don Luis con botas y espuelas, mirando toda la Scena, y haciendo extremos de admiracion.

Luis Qué silencio! Qué quietud
tan rara, y triste se observa
en la casa de mi Tio!
Yo no llego á conocerla!
Ningun criado me ha visto
llegar, ni entrar á esta pieza.
En la Corte, y aqui, siempre
hubo una gran concurrencia
de gentes en esta casa.
Y en un año que hace apenas
que he estado en Paris, se nota
una mutacion como esta?
Aqui hay grande causa! Pero
un hombre ácia aqui se acerca.
Mas ya distingo es Ventura.
Informarme del es fuerza.

Sale Ventura.

Vent. Todo se hizo bien. Qué miro!
Señor Don Luis, vuestra vuelta
con mis brazos solemnizo.
Se abrazan.
Luis Con los mios te doy pruebas
de lo que tu afecto aprecio.
Vent. Iré al instante á que sepa
mi amo vuestro arribo.
Luis No,
Ventura; un momento espera;
que antes deseo me saques
de las mortales sospechas,
que en mi corazon produce
el silencio que se observa
en esta casa.
Vent. Pues qué,
vuestro Tio no os dió cuenta
de la infeliz, de la triste
situacion en que se encuentra?
Luis No por cierto. Su merced,
procediendo con aquella
bondad de su corazon,
que desde la infancia tierna
de Enrrique mi hermano, y mia,
nos educa, y alimenta,

pues nuestros padres vivieron,
y acabaron en miseria:
Hace un año que me embió
á París, para que en esta
Corte aprendiese el idioma
Francés, con toda pureza.
Me ordenó en su ultima carta,
que al momento me pusiera
en camino. Lo hize; ignoro
quanto aqui pasa, y es fuerza
que tu me instruyas de todo,
porque acaben mis sospechas.

Vent. Lo haré, con el sentimiento,
que me inspira mi terneza.
Vuestra virtuosa tia,
y esposa de mi amo: aquella
incomparable muger
por su piedad, y prudencia,
hace poco mas de un mes
que pagó la comun deuda.

Luis Ay de mi infelíz! Acabe
mi vida con tanta pena!

Vent. En Valladolid murió,
donde nació. Estuvo enferma
en Madrid algunos dias.
Para que restableciera
su amable salud del todo,
se tomó la providencia
de que pasase á gozar
las dulzuras, que franquea
el Patrio suelo. En efecto,
Patricio partió con ella,
y otros de casa. Cobró
alli sus perdidas fuerzas,
y al mes escribió á mi amo,
advirtiendole, que en esta
Villa de Getafe (donde
sabeis que las primaveras
pasamos) se hallase el dia
veinte y dos de Abril, porque ella
llegaría el veinte y tres;
y que las bodas dispuestas
de vuestro hermano mayor
Enrrique, con Aniceta,
unica hija de mis amos,
hermosa como discreta,
aqui se celebrarian.
Todo se hizo asi; y:::-

Luis Espera;
pues con otro mortal golpe
mi corazon atraviesas.
Con qué á Aniceta querian
casar con mí hermano?

Vent. Hechas
las prevenciones estaban,
quando llegó la dispensa.
Pero escribiendo Patricio
al amo la triste nueva
de que mi ama, habia muerto,
se derramó la tristeza,
y el dolor en todos. Ved
si con razon hoy se encierra
en esta casa el tormento,
la amargura, luto, y pena.

Luis Con la muerte de mi tia,
todo el dolor se apodera
de mi pecho, pues perdí
una bien-hechora llena
de bondades para mi,
y Enrrique: y en Aniceta
pierdo el objeto que adoran
mis sentidos, y potencias.
Con que dos puñales son
novedades tan funestas,
que á un mismo tiempo ámi pecho
furiosamente atraviesan!
Y Patricio?

Vent. Ayer llegó
de Valladolid: apenas
ha podido á mi amo hablar.
Pero el á esta parte llega.

Sale Patricio, y Don Luis pasa á recibirle en sus brazos.

Luis Patricio amado!

Patri. Señor,
á quien con tanta terneza
amo, seais muy bien venido.

Luis No es posible que bien venga,
el que tantas aflicciones
hoy en esta casa encuentra.

Pa-

Patri. Murió:::- *enjugandose los ojos,*
Luis Mi tia; y la boda
de Enrrique con Aniceta,
está tratada.
Patri. Y tendrá
muy pronto efecto.
Luis Esa pena
á la otra iguala, ya que
no es posible que la exceda!
Patri. Ya sé, que la amabais mucho.
Luis Mas que á mi. Dí, no pudieras
persuadirla á que á mi amor
el suyo favoreciera,
mas que á Enrrique?
Patri. Porque veais

Despues de haber meditado.

lo que mi amor se interesa
en serviros, vuestro hermano
no se casará con ella.
Luis Qué dices, Patricio mio?
Cómo ha de ser?
Patri. Eso queda
reservado al tiempo. El
mi oferta hará verdadera
Vent. Y yo por mi parte ofrezco
contribuir en quanto pueda.
Luis En los dos mi amor confia.
Mi tio puede que duerma
todavia?
Patri. Le quedaban
ahora vistiendo.
Luis Pues mientras
se viste, á Enrrique veré.
Vent. Está en caza.
Luis Y Aniceta?
Vent. Con su Aya Doña Matilde.
Luis En mi quarto espero. Apenas
salga mi tio, Ventura,
me darás abiso. Y si esta
amante pasion consigo,
mi fortuna será vuestra. *vase.*
Patri. Si, Ventura: Don Enrrique,
aunque en lo exterior se muestra
tan amable, allá en el fondo
de su corazon, no encierra
la perfeccion que su hermano
Don Luis. El solo desea
ser esposo de su prima
para lograr la riqueza
que ella heredará. Este es solo
su objeto. El amor no llega
á encenderle: la ambicion
es la que en el solo reina.
Vent. Qué decis?
Patri. Lo cierto.
Vent. Y quién
será un soldado, que en esta
mañana de orden de Enrrique,
sin que otro alguno le viera
en su quarto he introducido?
Patri. Un Soldado? Qué me cuentas?
Vent. La verdad. En el momento
que Enrrique de caza vuelva,
que será pronto, verá
que cumplió mi dlligencia
lo que me mandó. La llave
de donde está oculto es esta.
La saca.
Patri. Guardala, y esta noticia

Despues de haber reflexionado.

de tí no salga; que de ella
haré el uso conveniente.
Pero entre tanto, contempla
que te has expuesto, Ventura,
á un peligro en que perdieras
á un tiempo tu estimacion,
livertad, y conveniencia.
Vent. Yo, por qué?
Patri. Por qué? Pues si ese
soldado hombre honrado fuera,
y Enrrique pensase bien
con su trato, le escondiera
en su quarto sin que nadie
le pudiera ver. Aquellas
cosas que licitas son
no hay reparo en que se sepan;
pero las malas, Ventura
se ocultan, y se reservan.

Luego con tantos misterios
discurres que esta sea buena?
Vent. Dice usted bien.
Patri. Ves, que yo
aclararé tu inocencia.
Vent. En usted confio.
Patri. A todo
daré remedio.
Vent. Asi sea. *vase.*
Patri. Ambicion mia, ya es tiempo
de que logremos aquella
felicidad á que aspiro.
Dispuesto está que Aniceta
con Don Enrrique se case:
su hermano Don Luis desea
lo mismo: Mas ni uno, ni otro
lo han de lograr; porque fuera
quedar burladas mis ansias,
que aspiran á que la hacienda
de Don Bernardo mi amo,
y su hija, mias sean.
Guardaré los documentos
que favorecen mi idea,
hasta su tiempo: Si acaso
se me resiste Aniceta,
descargaré el mortal golpe,
que la preparo, y deshechas
verá sus felicidades.
El soldado que se encuentra
de Enrrique en el quarto, puede
serme util tambien. Cautelas,
quanto hize por mi ama, vamos
á que justo premio tenga. *vase.*

Salon corto. Sale Don Bernardo recogiendo sus lagrimas en un pañuelo, y haciendo los mayores estremos de sentimiento, y despues de guardar silencio por un momento, que solo le interrumpe con algun triste suspiro, dice con voz melancolica.

Bern. Ay infelice de mi!
Muerte cruel! Terrible pena!
Mis parpados no estarán,
hasta cubrirlos la tierra
enjutos, pues durará
mi llanto hasta que fallezca.
Ah, dulce esposa de mi alma!
En todas partes la observa
Con suma agitacion.
mi vista! De la memoria
no se aparta jamás! Y esta,
á mi triste corazon
continuamente atormenta.

Sale Doña Matilde.

Mas quién es?
Mat. Yo soy, Señor.
Bern. Aya, qué quereis?
Mat. Quisiera
solamente en dos palabras
recordaros, Señor, vuestras
obligaciones.
Bern. Qué escucho!
Pues qué, yo me olvido de ellas?
Mat. Si Señor, os olvidais.
Yo me tomo la licencia
de hablaros asi, creyendo
que si acaso os hacen fuerza
mis razones, las dareis
todo el lugar que merezcan.
Se vuestra bondad, y á tanto
me atrevo por conocerla.
Bern. Hablad; pero sea haciendo
patentes, para mi enmienda
mis desaciertos; que aquel
que advertir sabe al que yerra,
le saca del precipicio,
y le conduce á la senda,
Bien sabeis quanto os estimo:
sois Aya de mi Aniceta,
de mi hija amable, y apoyo
de mi vida.
Mat. Pues sola ella
me mueve á hablaros, Señor.
Bern. Y por qué? Decidlo apriesa.
Qué ocurre? Se ha levantado?
Mat. Ahora peinandose queda.
Sosegaos, que no hay motivo
para una inquietud como esa.
Murió vuestra esposa, y mi ama
(Dios

(Dios en el Cielo la tenga)
ya hace mas de un mes. La muerte,
es una precisa deuda
que paga el que nace. Luego,
qué produce, qué remedia
vuestro eterno llanto, por
lo que es preciso suceda
á todo viviente? No
digo yo, que no se sienta
la falta de una consorte
tan buena como la vuestra;
mas sea este sentimiento
de modo, que no se vea
llega á desesperacion;
que en este caso se peca.
Asi lo haceis; y no solo
conspirais de esa manera
contra vuestra amable vida,
sino contra la de vuestra
hija amable, porque como
tanto sentimiento observa
en vos, piensa que de su
filial amor no da pruebas,
si en el dolor no os iguala;
y á el de tal modo se entrega,
que cada instante parece
que el ultimo suyo llega.
Y asi, Señor, con mi llanto
por vos os ruego, y por ella
que ese llanto mitigueis;
y deis alivio á esa pena,
pues qué importa que á mi instancia
mandaseis se concluyera
el luto tres dias hace,
si dura, si persevera
en vos con tanta eficacia
esa afliccion indiscreta.

Bern. Os he escuchado, y teneis
razon; mas el que aconseja,
lo ha de hacer con el exemplo,
primero que con la lengua.

Mat. Y por qué me decis eso?

Bern. Por qué? Porque no se observa
que acrediten vuestras obras
lo que vuestra voz expresa.
Ya se han cumplido quince años,
que en mi casa estais, y apenas
un dia se habrá pasado,
sin que hayan salido vuestras
lagrimas á dar razon
del dolor que os atormenta.
Y no habeis dicho jamas
la causa de que proceda,
siendo asi que tantas veces
lo pretendió mi terneza.
Inconsolable en efecto,
os vi siempre. Luego es fuerza
que estrañe me reprehendais
lo que haceis con mas frecuencia
que yo, y con menos motivo.

Mat. Con menos motivo! Esa
Llorando.
expresion, yo me atrevia
á justificar no es cierta.
Pero enjuguemos el llanto
que vuestra hija hermosa llega.

Sale Anicetа.

Anic. Padre mio!

Bern. Hija del alma!

Anic. Besando la mano vuestra,
y rendida á vuestros pies,
con mi obligacion primera
cumplo.

Bern. Levanta à mis brazos,
hija querida. Mis penas
se alivian solo con verte.

Anic. Ah, Padre! De esa manera,
ni un punto me apartaré
de vuestra amable presencia;
porque si en esto consiste,
que vuestro quebranto tenga
consuelo, qué mayor dicha
podrá hallar esta hija vuestra?
Ojalá que fuera asi!
Pero la misma experiencia
lo contrario me acredita.

Bern. Por qué?

Anic. Porque la tristeza
está siempre en vuestro rostro,
como si su centro fuera.

Ya habeis sentido bastante
la desgraciada, y funesta
muerte de mi amada Madre.
No hay racional que no sepa
que de la cuna al sepulcro
ninguna distancia media;
pues de la mortaja, avisos
son las mantillas primeras.
Y del ultimo suspiro,
lo que primero se alienta.
es señal indefectible.
Las medicinas mas ciertas
para las desgracias, son
conformidad, y paciencia;
y donde faltan las dos,
no puede haber cosa buena.
Si son las felicidades
siempre gratas al que llega
á lograrlas, no ha de haber
algun corazon que sepa
admitir con igual rostro
los males que le sucedan?
Sea este el vuestro, Señor;
y hagamos que virtud sea
lo que ha de ser precision.
Si á los males no remedian
las lagrimas, de qué sirve
arrojarlas con frecuencia?
Recelar lo contingente,
es proceder con prudencia:
Querer todo lo posible
prevenir, nadie lo acierta:
Lo infalible, no se evita;
lo dudoso es bien se tema;
y en fin, en lo irremediable,
el sentimiento es demencia.
Que le depongais os pide
mi corazon, la terneza
de mis lagrimas, y el sumo
respeto con que os venera
mi afecto. Esto solicitan
de vos, la naturaleza,
y el amor á un tiempo. En mi
hablan los dos: ambos ruegan
esto mismo, y si quereis
no escucharlos, haced cuenta
que acabarán á vuestra hija
la amargura, el llanto, y pena. *vas.*

Bern. Aguarda, hija mia. Aya,
id corriendo detras de ella,
decidla me ha convencido
con sus filiales ternezas,
y que quiero que respiren
todos en mi casa aquella
aura dulce, que produce
el gozo, y la complacencia.
Corred, dadla este consuelo:
No os detengais, id apriesa.

Mat. Y con que gusto, Señor,
os sirvo. Todos encuentran *ap.*
alivio en sus sentimientos,
mas los mios no le esperan. *vase.*

Bern. Qué gran discurso el de mi hija!
Y que bien su Aya aprovecha
las grandes luces de su
entendimiento con ella!
Ventura, Ventura? *sale.*

Vent. Qué
me mandais, Señor?

Bern. Ordena
á todos mi Labradores,
y Pastores, pues es fiesta
hoy, y están en casa, que
algunos bayles prevengan
para divertir á mi hija,
pues la alegria aqui reyna.

Vent. Voy, Señor:::-

Como fuera de sí con un extremo de jubilo, se quiere ir por la izquierda.

Bern. Adónde vas? *deteniendole.*

Vent. Con el gozo que fomentan
vuestras razones en mi alma,
mis pies el camino yerran.
Y aun tambien se me olvidava
deciros:::-

Bern. No te detengas.
Qué?

Vent. Que Don Luis ha llegado.

Bern. Qué me dices? Felíz nueva!

Vent. Para besaros la mano

espera le deis licencia.

Bern. Di que venga aqui al instante.

Vent. Voy corriendo : Si me dexa
el gozo de ver que mi amo
su dolor de si desecha. *vase.*

Bern. Como han sentido mis criados
que haya durado esta pena
tanto tiempo en mi! Y ahora
al verme alegre se alegran.
Esto consiste en tratarlos
con amor, y haciendo sean
dichosos por nuestra mano.
Si nuestras impertinencias
sufren, y si son hermanos,
mirar por ellos no es fuerza?
Solamente esclarecido
llamo yo á aquel, que presenta
luces al subdito; no
al que las tiene, y las niega:
porque aquellos hombres vanos,
que á sus criados los desprecian,
y no atienden, los comparo
á las pinturas, pues estas
son á la vista mejores,
estando mas lejos de ellas.

Sale Don Luis.

Querido Luis!

Luis Tio amado! *se abrazan.*

Bern. Entre mis brazos te estrecha,
Sobrino mio. El vestido
de París, que bien te sienta!
Estás buen mozo!

Luis Ah, Señor!
El pesar que os atormenta,
y el herror, que en esta casa
habita, mi alma atraviesan!

Bern. Ya has sabido mi desgracia?

Luis Ojalá no la supiera!

Bern. Pues ya acabó el sentimiento,
y hoy á renacer empieza
toda la alegria aqui;
porque asi quiero que tenga
mi amada hija, y prima tuya
consuelo en su horrible pena.
Tu hermano, y tu, no penseis
que jamas faltaros pueda
mi bondad. Si vuestra tia
murió, mi alma os aprecia.
Ves, y esperame en tu quarto,
que en el quiero darte cuenta
de asuntos muy importantes:
Pero Luis, en tanto piensa
que ya te tengo casado,
y á tu gusto creo sea.

Luis Casado? Valgame Dios! *ap.*
Si será con Aniceta?
El corazon me lo inspira!
Tio, Señor, mi obediencia
está á vuestra voluntad
eternamente sujeta.
Hoy consigues amor mio *ap.*
el bien que tanto deseas. *vase.*

Bern. Es un buen muchacho Luis;
pero Enrrique tiene prendas
mas sobresalientes. Quiero
que su fortuna me deban.
A Luis casar determino
con la hija de Don Estevan
de Bustamante, porque es
unica, hermosa, y discreta.
Para esto le he hecho venir
de París. Con mi Aniceta
Enrrique se casará.
Pero el á esta sala llega.

Sale Enrrique.

Enrrique, has estado en casa?

Enr. Si Señor; vuestra licencia
anoche tomé.

Bern. Es verdad;
yo quiero que te diviertas;
y mas en un exercicio
como el de la caza: en ella
el animo se dilata,
y se exercitan las fuerzas.

Enr. Señor, parece que os hallo:::-

Bern. Cómo? Sin aquella pena
que tanto me atormentó?
Pues, si, sobrino lo aciertas.

Enr. Pues tambien acertaré
á que á vuestros pies ofreca
mi corazon, por el gozo
que el hallaros asi engendra
en mi alma! Mi tio alegre!
Quánto mi amor lo celebra!
Bern. Asi espero que de mi hija
se concluya la tristeza.
Enr. Y la vuestra sobre todo.
Que las desgracias se sientan,
es propio del ser humano:
pero el varon fuerte, templa
con la constancia el dolor
sin manifestar flaqueza.
A un Filósofo le dieron
la triste, la fatal nueva
de que habia muerto su hijo;
el qual sus delicias era.
Y él, sin inmutar el rostro,
con la mayor fortaleza
de espíritu, respondió:
Y qué novedad es esa?
El nació para morir:
cumplió su plazo, paciencia:
y la suya admiró á quantos
oyeron esta respuesta.
Tio, á los difuntos solo
los sufragios aprovechan,
no el llanto, ni el desconsuelo;
que ellos nada los remedia.
Bern. Dices bien: desde este dia,
solo es preciso que atienda
al bien de mi hija querida.
Ya ibas á unirte con ella,
y la muerte de tu tia
lo estorvó. Quiero que tenga
efecto esta dulce union
al instante. De qué tiemblas?
Qué extremos son esos? Habla.
Enr. Cómo es posible que pueda
hacerlo, si el gozo usurpa
los acentos á la lengua!
Bern. Pues hay otra circunstancia
que hará que ese gozo sea
mas cumplido. Al mismo tiempo
que la tuya, está dispuesta
la union de tu hermano Luis
con la hija de Don Estevan;
porque Luis ya se halla en casa.
Enr. Mi hermano llegó?
Bern. Y me espera
en su quarto, para darle
una noticia como esta.
Enr. Dexad, Señor, que otra vez
puesto á vuestros pies, la tierra
que pisais toquen mis labios;
pues me elevais á la inmensa
dicha, que tanto apetecen
mis amorosas ternezas.
Dia venturoso: amable
momento en el que Aniceta
sea el dulce dueño mio,
y que yo su esclavo sea.
Bern. Cómo la adora! Levanta
á mis brazos: Ves á verla,
y á anunciarla de mi parte
esta novedad; y si ella
no la divierte, creeré
que nada lograrlo pueda;
que es mucho lo que á una joven
esto de casarla alegra.
Enr. Voy corriendo, Señor. Ya *ap.*
todas mis dichas son ciertas. *vase.*
Bern. Loco va de gozo: No
será menos el que tenga
Luis con lo que vá á saber.
Y al ver yo las bodas hechas
de mi hija, y de mis sobrinos,
será mi alegria inmensa. *vase.*

Salon largo, adornado magnificamente: en él estarán Aniceta, y Doña Matilde.

Anic. De modo celebra el alma,
Aya mia, el ver que reyna
algun consuelo en mi padre,
que no se de que manera
lo exprese. Bendito Dios,
que esta dicha me franquea!
Solo para disfrutarla
completamente, quisiera

que desechaseis tambien,
Señora, la cruel, la terca
afliccion, que siempre en vos
se advierte.

Mat. Será en mi eterna!

Anic. Pero por qué?

Mat. Como hay males,
que ya que no se remedian,
se alivian comunicados,
hay otros, que se acrecientan
quando llegan á pasar
del corazon á la lengua.
Los mios son de esta clase,
con que dexame que sienta
no solamente mis males,
sino tambien que carezca
aun de aquel pequeño alivio,
que en referirlos tuviera.

Anic. Pero ese es un proceder,
que la razon desaprueva;
porque un teson imprudente
solo es caminar á ciegas
por los peligros; y en ellos
aquel que no cae, tropieza.
La desgracia, es semejante
á un torrente; el qual engendra
mas grande desolacion,
donde halla mas resistencia.
Porfiar en callar el mal,
es querer que la dolencia
siempre dure, y esto nadie
habrá que abonarlo pueda.
Pretende la mariposa
con terquedad indiscreta
introducirse en la llama;
y lo hace de tal manera,
que en cada giro se expone,
y en cada vuelo se arriesga,
hasta que en efecto, su
misma porfia la incendia.
Esto os sucede, Señora,
y yo es preciso lo sienta.

Mat. No, hija mia: mis quebrantos
no han de hacer que tu padezcas.
Males, que con descubrirse
se agraban, no los profieran
los labios: el corazon
solamente los entienda;
porque aun el semblante sabe
referirlos como ofensas.
Las desgracias no las tiene
el valor fuerte por pena,
sino por lucha: en sufrirlas
consiste solo vencerlas.
El viento furioso, choca
con el arbol grande: tiemblan
las deviles hojas, pero
el tronco firme se queda.
Y en fin, las aguas combaten
á las sombras que hay en ellas;
corren muy precipitadas;
pero nunca se las llevan.
Asi yo, hija mia, inmovil
en las ansias que me cercan,
las sufro, y las callo. Oh, quánto
quien asi no lo hace yerra!
Luego si tanto me estimas,
mi silencio no reprehendas;
que quando á ti te las callo,
no puedo decir mis penas. *vase.*

Anic. Yo diera por remediarlas
la sangre que hay en mis venas;
pues quiero à mi Aya, lo mismo
que si madre mia fuera.
Pero Enrrique.

Sale este apresurado.

Enr. Amada prima,
mi bien, mi dulce Aniceta:::-

Anic. Que traes, Enrrique? Que nuevo
idioma es ese, que apenas
sin rubor puedo escucharle?

Enr. No le admires, pues ordena
tu padre que le produzca.
Quiere al instante ver hecha
nuestra dulce union, y quiere
que por mi boca lo sepas.
Con que tan grata noticia,
qué hará, aunque loco me vuelva?

Anic. Si mi padre lo dispone
asi, yo estoy satisfecha.

Enr. Pero recibes con poco
gusto, noticia como esta?
Anic. Quien al amor no conoce,
no puede de otra manera
recibirla.
Enr. Pues tu mano
quien me la dará, si encuentras
que el amor no puede hacerlo?
Anic. La obediencia que en mi reyna.
Lo quiere mi padre, y mi alma
solo su gusto desea.
Enr. Pero deberé exponerme
á que te una la obediencia,
y no el amor á mi? Amada
prima mia, dí, no temas,
te disgusto yo? Te causa
horror mi vista?
Anic. Te aprecia
mi voluntad como á primo:
tus meritos, de qualquiera
se hacen conocer; mas como
á mi corazon no incendia
pasion alguna, resultan
tibias en mi las ternezas.
Enr. Pues yo al contrario. Mi amor
como en ti solo se emplea,
y es tan honesto, con verte
solamente me alimenta.
Y que mucho, siendo tanta
tu peregrina belleza!
Anic. Mi belleza! Ah Enrrique! No
me estima quien asi piensa.
Enr. Por que!
Anic. Porque la hermosura
del rostro, es tan pasagera,
que apenas principia, acaba;
pero las luces de aquella
lampara, que encendió el fuego
de la virtud, son eternas.
Es una planta, que no
teme el rigor, ni la fuerza
del tiempo; y aun la vejez,
que voraz todo lo seca,
la levanta monumentos,
que hacen su fama perpetua.
Si esta encontraras en mi,
y por ella me quisieras,
tu serías mas feliz,
y yo mas dichosa fuera.
Enr. Ah, bien mio! La virtud,
y la hermosura se encuentran
en tí con extremo. Luego
el adorarte no es fuerza?

Sale Don Luis.

Mas qué miro! Hermano Luis?
Luis Enrrique?
Anic. Primo:::-
Luis Aniceta
del alma:::-
Los 2. Seas bien venido.
Luis Quien tu hermosura á ver llega,
cómo ha de poder quitarle
el destino que lo sea?

Sale Don Bernardo.

Bern. Eso si: no se conozca
en mi casa à la tristeza.
Sobrinos, hija querida,
todo sea complacencia:
y para mas aumentarla,
las delicias que dispensa
el casto himeneo, quiero
que llegueis á poseherlas.

Sale Ventura.

Vent. Todos vuestros Labradores,
y Pastores, solo esperan
vuestro permiso, Señor,
para principiar sus fiestas. (tren.
Bern. Ya le tienen. Haz que aqui en-
Vent. Pronta os sirve mi obediencia.
Ya hace rato que el Soldado
en vuestro quarto os espera.
Aparte á Enrrique, y se va.
Enr. Valgame Dios! Me olvidé *ap.*
de lo que tanto interesa
la humanidad! Mas no es facil
que sin ser notado, pueda

ir ahora á verle.
Bern. En efecto,
solo, hija mia, desea
mi amor paternal, mirarte
alegre.
Anic. Como es la vuestra
la que mi tristeza causa,
quando yo os mire sin ella,
sin ella á mi me vereis.
Esta es medicina cierta.
Bern. Pues si es cierta medicina,
viva la alegria.
Luis Y sea
en vuestros dos corazones,
donde la hallemos eterna.

Salen Martin, y Marcela, vestidos de Pastores, y los Labradores, y Labradoras con panderetas, y castañuelas; á cuyo compas cantan el quatro siguiente baylando.

4. Viva la alegria,
y la complacencia,
y los sentimientos
desterrados sean.
Viva nuestro amo,
y su hija Aniceta,
para que sus criados
muy dichos sean.

Todos. Vivan nuestros amos.
Mart. Vivan.
Señor, dos mil norabuenas
os da Martin, porque estais
alegre ya.
Bern. Martin, llega;
ya sabes te quiero bien.
Mart. Si Señor; tengo mil pruebas
de las bondades de usted.
Marc. Lo mismo dice Marcela;
pues su merce jue padrino
de nuestra boda.
Mart. Ta cuerdas
lo que aquel dia baylamos?
Marc. Si.
Mart. Igual dia no le espera
tener Martin mientras vivas.
Marc. Pues quándo?
Mart. Quando te mueras.
Marc. Antes ciegues.
Bern. Pues tan mal
lo pasas, Martin, con ella?
Mart. Pasarlo mal, eso no:
Pero á la verdad, quisiera
que entre su merce, y yo
cambiar suertes se pudieran.
Bern. Cómo?
Mart. Si viviera mi ama,
y Marcela no viviera;
su mercé juera dichoso,
y yo tambien felíz juera.
Que á la verdad, mientras menos
mugeres, Señor, hubiera,
estaríamos mejor.
Anic. Martin nos honra.
Marc. Es un bestia.
Mart. No os enfadeis, Señorita,
que un Filósofo lo expresa.
Este un dia se paseaba
por una hermosa alameda
con dos amigos. El uno
vió, que atada de una cuerda,
y á un arbol colgada, estaba
una muger, pero muerta,
Dijoselo á sus amigos:
y el Filósofo sin pena,
alzó la vista al cadaver,
y dixo: como se vieran
todos los arboles llenos
de esta fruta, el mundo juera
mas feliz. Lo mismo digo,
apoyando esta sentencia.
Enr. Las sentencias inhumanas,
como esa lo es, se desprecian.
Mart. En teniendo usted muger,
la tendrá por verdadera.
Anic. Marcela, ven á mi lado.
Yo quiero que me des cuenta
si te trata mal Martin.
Marc. Tratarme mal? Quién tal pien(sa,
Señora? Pues le quedara
hue-

hueso sano, si lo hiciera?
El hace quanto yo mando,
y no mas. Esas frioleras
se las sufro como chanzas;
pero si hablara de veras,
un chuzo le meteria,
que el corazon le partiera.
Mart. Nostramo, como serán
las malas, si esta es la guena?
Bern. Martin, en saber sufrirnos
unos á otros con prudencia,
está el merito. Mas dime,
quál es la hora en que tu almuerzas?
Mart. Miré uste: le preguntaron
á un gran Sábio, que qual era
la hora de comer; y el dixo:
para el rico, quando tenga
gana; y para el pobre, quando
tenga que. Con que con esta
misma razon, satisfago
vuestra pregunta.
Bern. Me alegra
que asi respondas.
Luis Martin
parece un hombre de letras.
Mart. Si Señor; las tengo gordas,
lo mismo que mi cabeza.
Bern. Id todos á almorzar.
Mart. Vamos
repitiendo nuestra letra.

Repiten el quatro, y bayle, y se van.

Bern. Vamos nosotros tambien,
sobrinos, dulce Aniceta;
que quiero haceros felices,
porque me rejuvenezca.
Los 3. A vuestras insinuaciones,
se rinde nuestra obediencia.
Bern. Estás alegre, hija mia?
Anic. Estandolo usted, pudiera
no estarlo yo, padre mio?
Bern. Qué gracia! Bendita seas!
Seguidme.
Enr. Permita el Cielo:::-
Luis Amor disponga:::-
Anic. Dios quiera:::-
Terminen como deseo
mis ansias, males, y penas.

JORNADA SEGUNDA.

Salon corto, con puerta á la derecha cerrada. Don Carlos estará apoyado contra un bastidor haciendo extremos de dolor. Se recobrará con lentitud, y dice.

Carl. HAsta quando, justo Cielo,
han de durar mis fatigas?
Momento cruel, hora infausta
en la que mire perdidas
las dulces prendas de mi alma,
y por las que ella suspira
atormentandome! Mas
si el mar furioso se agita
mientras le combate el ayre:
que tranquilidad, que dichas
tendrá aquel, cuyo delito
sin cesar le mortifica!
Adorable Providencia,
mis talentos ilumina,
para tolerar los males
que nacen de culpas mias!
Pero quanto Enrique tarda!
La puerta abren.

Lo hacen, y salen Enrique, y Ventura.

Enr. Vuelve aprisa,

que

que aqui te espero.

Vent. Está bien.

Le daré al punto noticia *ap.*
de esto á Patricio.

Vase, y Enrique cierra.

Enr. Mi amigo! *se abrazan.*

Carl. Mi bien-hechor! Este dia,
las piedades que os merezco,
acortarán mis desdichas.

Enr. Qué me decis! Pues qué ocurre?
Haced sea mi alegria
sin intermision. Hablad.
Se nos muestra ya propicia
la suerte?

Carl. Dí á la Condesa
la carta vuestra. Benigna,
como siempre, oyó mi historia
lastimosa, y compasiva.
Se enterneció, y ofrecióme
que al Ministro le hablaria
con eficacia, mediante
á mi razon, y justicia.
Lo hizo, en fin; y me mandó
que le viese al otro dia,
porque me esperaba. Fui.
Aqui, amigo, era precisa
una elocuencia muy tierna,
muy patetica, y sencilla,
para que de este Señor
pintase la lengua mia
las virtudes con que se halla
su alma grande enriquecida.
Que afabilidad! Qué tierna
compasion, quando me oia
referir mis lastimosos
sucesos! Interrumpida
fue mi narracion alguna
vez, por mi admiracion misma,
viendo un corazon tan lleno
de bondad. En fin, alivia
con dulces voces mis penas,
y dixo, que hoy quedaria
despachado, y bien. Fue tal
el impetu del alegria
que en mi alma esto produjo,
que sin saber lo que hacia,
me eché á sus pies: los regaron
copiosas lagrimas mias:
Me levantó hasta sus brazos,
me honró, y socorrió. Mi prisa
para daros al instante
esta agradable noticia,
me sacó esta madrugada
de Madrid. Dexé advertida
á la Señora Condesa
de todo: la qual se obliga
rebosando gozo, á enviarme
el Real Decreto este dia
aqui mismo. Esta es, amigo,
la felicidad, la dicha,
que por vuestra mediacion
disfruta ver conseguida
esta pequeña porcion,
esta misera reliquia
del ser humano, que tiene
alma tan agradecida,
que hasta en el mismo sepulcro,
lo mostrarán sus cenizas.

Enr. Los brazos dadme otra vez,
querido amigo. Bendita
sea una, y muchas veces
la Providencia divina,
que en medio de las mayores
desgracias, nos tranquiliza!
Ya desde hoy respirareis
con mas sosiego.

Carl. En mi vida
le espero tener. Ah, Enrique!
No hallando aquellas perdidas
dulces prendas de mi alma,
cómo podrá la alegria
vivir en mi corazon
mucho tiempo?

Enr. Pues principia
el Cielo á daros consuelo,
debeis esperar prosiga,
hasta completarle. A toda
altura, se la examina
su termino: á todo curso
su fin. Ni se hallan delicias,

ni

ni desgracias, sin periodos:
todo acaba: todo espira:
luego por qué vuestras penas
no han de verse concluidas?

Carl. Asi sea!

Llaman á la puerta.

Enr. Ya Ventura
ha vuelto. Aunque es conocida
la clemencia de mi tio,
no quiero tenga noticia
de quien sois, ni de que os tengo
aqui, hasta que nos remitan
el Decreto Real.

Carl. En todo
á obedeceros se obliga
mi agradecimiento.

Enr. Entra.

Habiendo abierto la puerta á Ventura.

Ventura, de tí confia
mi fé, que sin que lo advierta
ninguno de la familia,
sirvas á este caballero
á su tiempo la comida.

Vent. Está bien.

Enr. Cierra, y la llave
guarda.

Vent. Ahora necesita *ap.*
saber esto mas Patricio.

Enr. Tu fineza, retribuirla
mi gratitud sabrá. Luego *á Carl.*
volveré á veros. *vanse los dos.*

Carl. Permita
el Cielo, pueda pagaros
quanto os merezco, algun dia.

Se entra por la izquierda. Salon largo con sillas en el fondo de la Scena. Salen Don Bernardo, y Doña Matilde.

Mat. Qué es, Señor, lo que mandais!

Bern. Sentaos antes. *conduce 2 sillas.*

Mat. Obedezco. *se sientan.*

Bern. Yo quiero exigir de vos,
ya que conseguir no puedo,
que me declareis las penas
que padeceis, y que un terco,
injusto silencio guarda,
que alegre esteis por lo menos,
porque va desde este dia
á reynar solo el contento
en esta casa. A Aniceta
mi hija amada, casar pienso
con Enrique. Qué os parece
esta eleccion?

Mat. Que la apruebo:
tiene Enrique circunstancias
muy amables; pero encuentro
dos dificultades.

Bern. Quáles?

Mat. Una, que la ama en extremo
Luis, y hará mil locuras
si no logra este embeleso
de su corazon. Y la otra,
que yo inclinada no veo
á vuestra hija á nadie. En ella
hasta hoy no ha tenido imperio
el amor. Indiferente
se muestra á los rendimientos
de sus amantes. Sabrá
ciegamente obedeceros:
mas, Señor, los matrimonios
que el amor no forma, creo
no pueden ser muy felices.
Este es mi dictamen.

Bern. Pero
esas dos dificultades,
Aya, vencidas las tengo.
A Luis, yo le daré esposa
de mucho merecimiento;
y Aniceta querrá á Enrique
en siendo su esposa. De esto,
entiendo yo mas que vos.
Id, y haced venga al momento
aqui Patricio.

Mat. En serviros
cifrado está mi deseo. *vase.*

Bern. Esto ha de ser. Los muchachos
co-

como aman á mi hija ! Pero
ella de Enrique ha de ser.
Se la prometí, y lo debo
cumplir. Patricio ?

Sale Patricio.

Patr. Señor.
Ya bien informado vengo *ap.*
por Ventura, del Soldado.
Bern. Quiero que te partas luego
á Madrid. Preven sin tasa
quanto encuentres de provecho,
para el banquete en las bodas
de mi hija ; y no pierdas tiempo
en conducirlo.
Patri. Está bien.
Pero si yo algo os merezco,
decidme con quien se casa.
Bern. Con Enrique.
Patri. Ya.
Bern. Qué es eso ?
Parece te desagrada
esta eleccion ?
Patri. Si consejo
me pidierais, os le diera.
Y aun sin pedirle, no puedo
á mi buen amo ocultar
lo que sé. Yo considero (vo,
que en veinte años, que hace os sir-
tendreis buen conocimiento
de mi lealtad.
Bern. Si ; tu has sido
mucho mas, que criado, dueño
de mi casa. Mi difunta
esposa, te amó en extremo.
Yo te quise siempre ; con que
obligado estas por esto
à serme fiel.
Patri. Si lo estoy,
acreditaroslo espero.
Enrique casar no debe
con vuestra hija amable, y menos
estar mas á vuestro lado.
Bern. Por qué ?
Patri. Prevenid primero
al golpe que os amenaza,
el animo, porque creo,
que os confundirán mis voces.
Bern. Pues qué hace Enrique ? Habla
presto.
Patri. Enrique, por la ambicion
de lograr el caudal vuestro,
supone que ama á Aniceta:
y aun de esta reconociendo
el disgusto con que mira
esta union, tiene dispuesto
daros la muerte.
Bern. Qué dices ?
Solo de escucharte tiemblo !
Patri. Para poder conseguir
este tan barbaro intento,
se ha valido de un Soldado,
de un hombre vil, y perverso,
que os asesine esta noche.
Bern. A mí ?
Patri. A vos. En su aposento
le tiene oculto. La llave,
por un acaso, la tengo
en mi poder. Esta es. *la saca.*
Como yo vigilo, y velo
por vuestra vida, logré
descubrir este secreto
horroroso. Ya sabeis
lo que es Enrique. Ahora os ruego
que le mireis con clemencia.

Con hipocresía.

Desatinos de un mozuelo
sin reflexion, estos son.
Y yo sin llorar, no puedo
verle reo de un delito
tan detextable, y horrendo.
Bern. Asombrado, y confundido
he quedado ! Mas no debo
dexar de satisfacerme
de los dos. Llama al momento
al Alcalde, y Escribano
de parte mia.
Patri. Yo puesto
á vuestros pies, os suplico,

que hecheis sobre Enrique el resto
de vuestra piedad. Le he criado,
y es mucho lo que le quiero.
Esta gracia habeis de hacerme.

Bern. Alza, Patricio, del suelo.
Tu buen corazon, iguala
al mio en los sentimientos.
Ya está perdonado Enrique,
porque me perdone el Cielo.
Doña Matilde, ó mi hija
saben este caso?

Patri. Entiendo,
que solamente usted, yo,
y Ventura, le sabemos.

Bern. Ventura tambien?

Patri. Pues si él
me descubrió este secreto.

Bern. Y por qué á mi no?

Patri. Señor,
por temor, y por respeto.

Bern. Lo creo asi del. Mas debe
informarme por extenso
de todo.

Patri. Lo está deseando.
Todo quanto yo he propuesto, *ap.*
haré que él afirme.

Bern. Pues
haz que traigan bien sujeto
á ese Soldado mis criados.

Patri. Está bien. Asi lo ofrezco.
Ya quedan bien entablados *ap.*
mis ambiciosos intentos. *vase.*

Bern. Valgame Dios! Quién creyera
de Enrique un crimen tan fiero,
tan barbaro, é inaudito
como el que pensaba! Cielos,
es esta la recompensa,
que por hacer bien merezco!
Pero si esto la justicia
entendiera, que tremendo
castigo á los delincuentes
no diera! Y qué sentimientos
en mi hija, y en mi causára
este horror! Pues remediemos
tanto desastre, y hagamos
un sacrificio tan bueno
á Dios, como es perdonar
los enemigos. Ya creo
que conducen al Soldado.
El es: todo me estremezco
al verle, de ira.

Sacan á Don Carlos entre los Labradores. Patricio vendrá delante, y Martin detras con un gran palo enarbolado.

Mart. Camine,
ó le machaco los sesos
de un garrotazo.

Bern. Dexadle
en livertad. Quién sois?

Carl. Viendo
estais á un pobre Soldado.

Bern. Y un Soldado tiene aliento
de envilecer el vestido
del Rey, con infames hechos?

Carl. Qué decis? Si discurris
que todo arbol es grosero
porque tiene la corteza
tosca, os engañais. Por dentro
un corazon generoso
le alienta.

Bern. Mas no es el vuestro.

Mart. Si, tendrá gran corazon;
pero su rostro á lo menos
es de un mal-hechor.

Bern. Y oculto,
que haciais en el aposento
de Enrique?

Carl. Le conoci
por una gracia del Cielo,
en la campaña, que hicimos
sobre Gibraltar. Su empeño
en remediar mis desdichas,
fue con tan activo celo,
que creo lo ha conseguido.
Hoy á verle vine, y dentro
de su quarto me dexó
encerrado. Esto es lo cierto.

Patr. Todo es fingido, Señor. *ap. á él.*

Bern. Dices bien: Asi lo creo.

Quán-

Quanto me habeis explicado
es falso. Sé los intentos
de Enrique en traeros aqui.
Pudiera vengarme de ellos,
y confundir à los dos,
vuestro crimen descubriendo:
pero ya estais perdonados.
Mas si aqui otra vez os veo,
os aseguro sereis
de malvados escarmiento.
Hechadle de aqui.

Carl. Que oigais
mi satisfaccion pretendo.
Qué crimen:::-

Bern. He, no me hagais
irritar, porque si pierdo
la prudencia, puede ser
que lo sintais en extremo.
Hechadle fuera.

Mart. Salid,
ú os hago una plasta.

Carl. Cielos,
entre tantas confusiones,
á vuestra clemencia apelo. *vase.*

Patri. Qué mal hombre!

Mart. Me parece,
que este fue uno de aquellos
ladronazos, que en el año
anterior, á mi hato fueron,
y robaron las cincuenta
cabras, y obejas. Es cierto:
el es: aquellas narices,
son las mismas. Voy corriendo
á darle treinta leñazos
por dos que me dió el perverso.

Bern. No salgas de aqui, Martin.
Harta soga lleva al cuello
quien asi vive. Os encargo
á todos, guardeis secreto,
en este caso. Ahora vamos,
y á mi hija divertirémos.

Patri. Vamos solo á disponer,
que se cumplan mis deseos. *vanse.*

Salon corto. Sale Don Luis siguiendo á Don Carlos, que se verá como sorprehendido,

Luis Adónde vais tan confuso?
A quién buscabais? Qué es esto?
Quién os trajo aqui? No hablais:
Tal turbacion, y silencio,
me hacen, que sospeche:::-

Carl. Nada
sospecheis de mi. Me encuentro
turbado: Es verdad. La suerte
me persigue. Solo anhelo
por ver á Enrique; que el sabe
mis males antiguos; pero
quiero sepa los presentes.
Es mi amigo verdadero,
y mi bien-hechor.

Luis Pues si
ese solo es vuestro intento,
esperad un rato aqui,
que llamar á Enrique ofrezco.
El ayre de este Soldado *ap.*
causa lastima, y respeto. *vase.*

Carl. Qué es lo que pasa por mi?
Es esto verdad, ó sueño?
Si mandó Enrique ocultarme
en su quarto, como luego
del mismo quarto me sacan,
como un delincuente preso,
y me hacen cargo de un crimen,
que no alcanzo? Pues qué es esto?
Qué abismo de confusiones
me cerça? Sagrados Cielos,
aun de un riesgo no he salido,
y en otro mayor me encuentro?
Ay de mi infelíz.

Queda consternado de dolor, y sale Doña Matilde.

Mat. Si acaso
mi amo estará:::- Mas advierto
un Soldado alli. Y con quánta
inquietud está! Qué extremos

hace tan tristes! El alma
me parte! Valgame el Cielo!
Qué reparo? Aquel semblante
no es el de:::-

Carlos, con un impetu de dolor parte á la derecha, se ven los dos, y quedan sorprehendidos.

Carl. Yo voy huyendo
de mi mismo:::- Mas qué miro?
Mat. Dios mio, que es lo que veo?
Carlos?
Carl. Matilde del alma:::-
Esposo:::-
Los 2. Dulce ————
Esposa:::-
Carl. Qué te vuelvo
á ver?
Mat. Qué á mi vista estás,
esposo mio?
Carl. No demos
lugar á que aqui me vean,
porque estoy en grande riesgo.
Tienes adonde ocultarme?
Mat. En mi propio quarto.
Carl. Presto;
vamos, Matilde, que allí
breve cuenta nos daremos
de nuestras muchas desdichas.
Mat. Ya ninguna tener puedo
á tu vista.
Carl. Con la tuya
las mias se concluyeron.
Mat. Sigueme por este lado.
Carl. Mi norte eres.
Mat. Tu mi centro.
Los 2. Por esta dicha, Dios mio,
ser, vida, y alma os ofrezco.

Vanse. Sale Enrique precipitadamente.

Enr. Aqui me dixo mi hermano
que el Soldado estaba. Cielos,
sin duda es Don Carlos, pues
las señas no me mintieron.
Pero el como puede ser,
si quedó encerrado? Llego
á mi quarto, por si acaso
otra vez en él le encuentro.
Pero Martin, y Marcela
vienen aqui: tal vez ellos
aclaren la confusion
en que me hallo.

Salen Martin, y Marcela sin ver á Enrique.

Mart. Era moreno,
y de estatura pequeña
el ladron.
Marc. Conque en efecto,
venia á robar al amo?
Mart. Toma; si él:::-
Enr. Martin, pretendo
que me digas, si un Soldado:::-
Mart. El que al amo robó? De eso
le daba cuenta á Marcela.
Enr. El que robó? Cómo?
Mart. Creo
que el caso ignorais. Oidme.
Un Soldado, no tan recio
como yo, poco mas alto,
pero que es mucho mas negro,
que los que produce Angola,
en vuestro quarto encubierto
estaba, despues de haber
roto, segun me dixeron,
aquel arcon formidable
adonde tiene el dinero
el amo, y despues de haber
sacado de oro un talego,
que se le encontró despues.
Esto se supo á tal tiempo,
que al quarto acudimos todos;
y él apenas llegó á vernos,
furiosamente echó mano
á un trabuco narangero,
que era capáz de arruinar
las casas de Ayuntamiento.
Todos quedaron temblando,
viendo la boca de infierno
del tal trabuco; mas yo,
que jamás conocí al miedo,
me puse en planta: enarbolo
el palo, y con tal acierto

le

le descargué un garrotazo,
que dió redondo en el suelo.
Se echaron todos sobre el;
y se condujo al momento
á la presencia del amo;
entregó todo el dinero
que habia robado; y su rostro
mirando yo mas atento,
conocí que era este mismo,
el que con dos compañeros,
me robó el año pasado
las obejas. En efecto,
usando de su piedad
el amo, le dexó suelto,
y le dió la livertad;
pero baxo del concierto,
de que si otra vez le veia
aqui, le ahorcaba. Con esto
el se marchó, y nos quedamos
nosotros. Se acabó el cuento.

Enr. Que es lo qué he oido? Podré
creer lo que has dicho?

Mart. No tengo
empeño en que lo creais,
ó no; pero todo es cierto;
á excepcion de algunas cosas,
que en unos casos como estos,
segun se van escuchando,
se suelen ir añadiendo.

Enr. Y qué has añadido en este?

Mart. Poquisimo. Solo aquello
de descerrajar el arca,
lo de sacar el talego
de ella: el trabuco: el leñazo
que le dí: hallarle el dinero:
las cabras, y otras frioleras,
que no quitan al suceso,
ni dan el mayor valor.
Lo dem s es verdadero. (ne,

Marc. Pues que es lo que á quedar vie-
en quitandole todo eso?

Mart. Queda la verdad desnuda;
que asi rara vez la vemos.

Enr. Martin, quiero busques á ese
Soldado, por todo el Pueblo,
y que en tu casa le ocultes
hasta avisarme; te ofrezco
si haces esta diligencia
con cuidado; veinte pesos.

Mart. Veinte pesos? Soy capaz
de penetrar todo el seno
de la tierra, hasta encontrarle,
por pillarlos. Voy corriendo,
y hasta que consiga hallarle,
Marcela, á verte no vuelvo. *vas.*

Marc. Ojalá que no te viera
en mi vida mas. Qué enredo
levantó al pobre Soldado!

Enr. Te pido guardes secreto
en lo que dicho á Martin,
Marcela. Ningun sosiego *ap.*
tendré hasta ver á Don Carlos!
Pero de Ventura debo
informarme, pues la llave
se llevó. Yo voy corriendo. *vase.*

Marc. Yo haré ver, que las mugeres
guardar silencio sabemos
en lo que se nos encarga
mejor, que los hombres. Ellos
por habladoras nos tienen;
mas nos exceden en esto. *vase.*

Salon largo, que da vista á un delicioso jardin, por medio de unas berjas de yerro, que le divide. Salen Aniceta, y Don Luis.

Luis Permiteme, amada prima,
que solamente te advierta
la pasion con que te adora,
y la voluntad honesta
que mi corazon te tiene.
En fin, que mi muerte es cierta
si te pierdo. Esto no ignores,
y gocete Enrique, mientras
que yo espiro entre las ansias
mortales, que me atormentan!

Anic. Te he escuchado, Luis; y solo
puedo darte por respuesta,
que tu voluntad sencilla
mi fiel corazon aprecia;
que al amor no reconozco;

que

que mi padre es el que ordena
mi union con Enrique, y que
es preciso le obedezca.

Luis Y he de sufrir que mi hermano,
mas dichoso, que yo sea?

Anic. Mas dichoso? Pues qué dicha
logra en ser mi esposo?

Luis Aquella
que puede dar tu hermosura
al que logre merecerla.

Anic. Enrique, y tu me alabais
tanto de hermosa, que es fuerza
creer qua lo soy. Si, combengo
en ello; pero si piensas
que es la dicha de un marido
tener la muger muy bella,
te engañas: es inquietud
continua: es como un cometa,
que no vaticina mas,
que estragos. Diganlo Grecia,
y el Asia; pues se arruinaron
por la hermosura de Elena.
Una muger propia, basta
que cuidar su casa sepa,
sin que por horrible espante,
y que virtuosa sea.
Desengañate, Luis:
quien posehe una belleza,
es poco feliz. La rosa
que nace para ser reyna
de las flores, muere luego,
que á manifestar empieza
su hermosura. Ni la libran
las espinas, que la cercan,
de la mano que la corta,
en la qual luego se seca.

Luis Tu dices bien; pero yo
es imposible, que pueda
permitir seas de Enrique,

Saliendo este.

sin que mi vida fallezca.

Enr. Pues quién me podrá estorvar
la dicha de que Aniceta
sea mia, si su padre,
y nuestro tio, me eleva
é tal gloria?

Luis Lo podrán
estorvar mis tiernas quexas,
mis amorosos suspiros,
mis ansias, y amantes penas.

Enr. Entonces yo sabré hacer:::-

Luis Qué has de hacer?

En terminos de embestirse.

Anic. A mi presencia
asi perdeis el respeto?

Interponiendose para separarlos, y al mismo tiempo salen Don Bernardo, y Patricio.

Bern. El que el respeto te pierda,
ignora que un cruel castigo
mi rigor le hará que sienta?
Hija, qué ha sido esto?

Patri. Todo *ap.*
va bien.

Anic. Una competencia
amorosa, padre mio,
entre Luis, y Enrique. Llegan
á amarme tanto los dos,
que se llama el que me pierda
desgraciado. Ved si logro
en esto dicha pequeña.
Esto ha sido, y esto no
quiero que os cause impaciencia.

Bern. No, hija mia; pero si
los dos de ese modo piensan,
tengase por desgraciado
Enrique.

Enr. De que manera?

Bern. Porque debo dar á mi hija
esposo que la merezca,
y tu no eres este. En Luis
solo el merito se encuentra.

Luis Qué oygo! *Lleno de gozo.*

Anic. Qué escucho! *Sobresaltada.*

Enr. Señor,
qué decis? *Con extrema inquietud.*

Bern. De mi presencia
quitate, sino pretendes
ver mis iras satisfechas.
Se tus intenciones: se
tus delitos. La verguenza,
horror, y remordimientos,
es posible, que no tengan
facultades para darte
la muerte?
Patri. Usad de clemencia *á él ap.*
con él, por Dios, Señor.
Bern. Si:
bien, Patricio, me aconsejas.
Vete de mi vista,
Enr. Cómo
quereis, Señor, que obedezca,
si me habeis dexado muerto,
pues ignoro:::-
Bern. Tu conciencia
te lo dirá claramente.
Luis Qué confusiones son estas! *ap.*
Anic. De asombrada estoy tem-
blando! *ap.*
Bern. Aqui mas no te detengas.
Enr. Ya me voy, Señor. Dios mio,
dad luz á tantas tinieblas! *vase.*
Bern. Si, hija mia; con tu primo
Luis, te has de casar; te aprecia,
y en fin, te merece. Enrique
es un traydor.
Anic. Pero sepa,
padre mio, en que ha faltado,
Luis Lo mismo, Señor, os ruegan
mi amor, y respeto. Aunque
hoy me elevais á la inmensa
felicidad que apetecen
mis sentidos, y potencias,
dandome á vuestra hija, cómo
la he de lograr con aquella
amable tranquilidad
de que es digna, si en la mesma
ocasion miro á mi hermano
cubierto de horror, y afrenta,
y sin saber por qué causa?
Bern. Ahora no puedes saberla.
Ven conmigo: y tu hija mia,
que de Luis has de ser piensa.
Voy á que Ventura aclare *ap.*
las criminales ofensas
de Enrique.
Vanse los dos.

Patri. Este es el momento *ap.*
de conseguir mis idéas,
pues ya Ventura está pronto
en todo á favorecerlas.
Anic. No me sacarás, Patricio,
con tu natural prudencia
de este cahos de confusiones,
y dudas que me rodea?
Qué es esto? Enrique, qué ha hecho
para que asi desmerezca
la gracia de mi buen padre?
Que hice yo, para que sea
el juguete de la suerte?
Ya, se me alaban las prendas
de Enrique. Ya, por mi esposo
se le elige: y mi obediencia,
no mi amor, le admite fiel:
y quando el plazo se acerca
de la union indisoluble,
se le insulta, se desprecia,
y de mi se le separa.
A Luis se le privilegia
para mi mano, y en nada
piden mi condescendencia.
Pues qué es esto, otra vez digo?
Enterame tu, siquiera
porque tenga menos dudas,
aunque mas desgracia tenga.
Patri. La causa, que á vuestro padre
asista, para usar esas
mutaciones, yo la ignoro;
pero reconozco, que ella
será muy justificada,
quando obra de esa manera.
Lo que yo puedo advertiros,
es:::- Veré si hay quien pueda
escuchar. Solos estamos.
Oidme, y estad atenta,
porque voy á declararos
lo que podrà hacer eterna,

ò vuestra dicha, ò desgracia.
Mas la eleccion será vuestra.
Anic. Me confundes mas con esos
misterios, que no penetra
mi corazon.
Patric. No se alcanzan,
sin la luz de la advertencia.
Ni de Enrique, ni de Luis,
podeis ser esposa. Si esta
noticia asi os estremece,
que no harà lo que me resta
que deciros?
Anic. No es preciso,
que esa afirmacion, suspenda
mi animo?
patr. Si; mas deveis
escucharme sin que os pueda
suspender nada. Otro amante
teneis, que aunque no se encuentra
con los meritos de un joven,
no estima en vos la riqueza,
ni hermosura. La virtud
que teneis, sola es la prenda
que le arrastra á amaros, para
haceros feliz; pues piensa,
(y con razon), que si á él
no os enlazais, la miseria,
la obscuridad, y el oprobio
os acercarán, de manera,
que con él, sereis dichosa,
sin èl, infelíz por fuerza.
Anic. Que es lo que dices? Mis ansias
con tus clausulas aumentas.
Patric. Como yo sè producirlas,
tambien sabré desacerlas.
Nada temais: Yo naci
para velar sobre vuestras
dichas. Mientras yo no os falte,
no podreis carecer de ellas.
Anic. Pero acaba de explicarme
lo que ansiosa el alma anhela.
Patric. Este, que os ama lo mismo
que un padre, soy yo.
Anic. Qué pena!
Tú:::-
Patr. Yo.
Anic. Y te atreves:::
Patr. A que
me atrevo? Nada hay que tema;
pues me parece que os hace
mucho favor mi fineza.
Vuestra altivèz, solo nace
de estar en la inteligencia,
de que es Don Bernardo vuestro
padre; y cosa mas incierta
no la hay.
Anic. Valganme los Cielos?
Qué dices, alma perversa?
Mi padre no es Don Bernardo?
Patr. No lo es: Ni su esposa muerta
fue vuestra Madre. La cuna
que os dió la naturaleza,
fue tan humilde, que causa
solo su memoria afrenra.
Yo guardo los documentos,
que acreditan la evidencia
de mis razones. Hablemos
sinceramente, Aniceta.
Si este secreto descubro,
à qué no quedais expuesta?
A ser la mofa de todos,
á la injuria, á la bajeza
mas despreciable. Habrá quien
no os ultrage quando os vea?
Vuestros mismas primos, esos
que os trihutan por ofrenda
sus corazones, seràn
los primeros, que se ofendan
de que Primos los llamasteis;
y aun para mas pena vuestra,
mi Amo, el mismo Don Bernardo.
que como á hija hoy os aprecia,
os arrojará de sí
con rigor, luego que sepa
vuestro origen, y le causa
que hubo para que él os diera
el nombre de hija. Todo esto
reconocereis por fuerza
que ha de suceder. Y como
tantos males, se remedian?
Siendo mi esposa, y quemando
vos misma el papel, que encierra

se

este secreto. Con esto
disfrutarémos la hacienda
de Don Bernardo. Seréis,
sin la menor controversia,
tenida por hija suya:
y tendreis, en fin, aquellas
satisfacciones, que un alma
como la mia, os desea.
Anic. Barbaro, monstruo el mas fiero
que crió naturaleza,
aun quando fuese verdad,
que Don Bernardo no fuera
padre mio: aun quando todos
los trabajos, que ponderas
me acometiesen ¿discurres
tengo yo un alma tan llena
de maldades, como tu,
que condescender pudiera
á una culpa tan atróz,
como la que me aconsejas?
Yo, sin ser de Don Bernardo
hija, poseher su riqueza,
y quitarsela á los que
heredarle deben? Estas
persuasiones tan horribles,
estos documentos, muestran
tu iniquidad, tu perfidia,
tu ambicion, y tu vileza.
Y para que reconozcas
que la virtud solo reina
en mi corazon, y que éste
todo lo demás desprecia;
Padre, Luis, Ventura, Enrique.
Aya mia.
Patri. El labio cierra,
que te pierdes, y te pierdo.
Anic. Aparta. Padre:::- Marcela:::-

Salen Marcela, Ventura, los Labradores, y Enrique por la derecha, y por la izquierda Doña Matilde, Don Luis, y Don Bernardo.

Labs. Vent. y Marc. Qué quereis, Señora?
Enr. y Luis Prima,
quien te ofende?
Mat. Hija:::-
Bern. Aniceta
del alma mia, qué es esto?
Mas qué haces tu aqui? *á Enr.*
Enr. Las tiernas
voces, con que llamó á todos
mi prima, con la presteza
posible, aqui me trajeron.
Bern. Bien está. Mas tu lamentas,
suspiras, y lloras, hija?
Un gran mal mi alma recela.
Anic. Ah, padre mio!

Con un impetu de sorpresa se arroja á sus pies.

Bern. Qué es esto?
Alza á mis brazos: alienta.
Patri. Si ella habla, todo se pierde *ap.*
Anic. Padre (que aunque no merezca
llamaros asi, este nombre
mi amor, respeto, y terneza
os darán siempre) yo:::- Ay Dios!
Bern. Habla.
Anic. No soy hija vuestra!
Bern. No eres mi hija?
Anic. No señor:
Patricio asi lo asevera!
El partió mi corazon
con noticia tan funesta;
y él hará que acabe entre
el horror, y la verguenza. *vase.*
Bern. Aya, seguidla, por Dios.
Mat. Voy corriendo. Qué las penas
no han de faltarme, por mas
que otras acaben! Paciencia. *vase.*
Bern. Patricio, tu en este dia
solo en afligirme piensas.
Aniceta no es mi hija?
Patri. Supuesto, Señor, que es fuerza
declararos la verdad,
no lo es: ni tampoco vuestra
difunta consorte, fue
madre suya. Con su letra
os lo haré ver claramente.

Enr. y Luis Qué confusion! *ap.*
Marc. Qué novela!
Vent. Señor, tengo que advertiros. *á él aparte.*
Bern. Mi corazon lo desea.
Vent. Yo no puedo consentir *ap.*
que se agravie la inocencia.
Bern. Y dónde esa letra está,
para que de una vez beba
el veneno con que brindas
á mi vida?
Patri. Yo quisiera:::-
Bern. Darme muerte: asi lo veo.
Hazme al punto manifiesta
esa declaracion.
Patri. Vamos
á mi quarto.
Bern. Qué cruel pena!
Enr. Qué pesar!
Luis Qué atroz tormento!
Los 3. Ay mi querida Aniceta!
Barn. Vamos. Y entre tantas ansias:::-
Luis Tanta desdicha:::-
Enr. Y tristeza:::-
Bern. El Cielo nos de consuelo,
luz, constancia, y fortaleza.

JORNADA TERCERA.

Salon corto. Salen Don Bernardo, y Patricio.

Bern. YA estamos solos. Patricio;
traspasa, traspasa, apriesa
mi corazon, con el golpe
terrible, y mortal, que espera.
Patri. Harto lo siento, Señor!
Mas me dicta mi conciencia,
que no os debo ocultar mas
una noticia como esta.
Bern. Despues te responderé.
Habla, pues.
Patri. Esperad, mientras
os traigo los documentos
que mi verdad manifiestan.
Salir bien de todo espero, *ap.*
usando de otras cautelas. *vase.*
Bern. Qué amargas zozobras paso!
Habrá en el mundo, quien pueda
tener tantos sentimientos,
como los que á mi me cercan?
La muerte de una consorte
la mas amable, y mas tierna:
la perfidia de un sobrino
suyo, que de la miseria
saqué, desde pequeñuelo,
y que pensaba ver hecha
su fortuna por mi mano!
Y para aumentar mis penas,
aseguran que no es mi hija,
la que como á tal aprecia
mi corazon!:::- Mas ya vuelve
Patricio. Cielos, paciencia!

Sale éste con unos papeles.

Patri. Esta es la declaracion
de mi ama, y esposa vuestra,
difunta: éste, el testimonio,
que afirma la verdad de ella.
Leedlos; pero de modo,
que aunque la vista se tenga
en el papel, esté en Dios
muy resignada, y sujeta
la voluntad; porque asi
se logra, que no se sientan
las desgracias de este mundo;
pues todas son pasageras.
Bern. Dices muy bien. En efecto,
este es todo de la letra
de mi difunta consorte;
al verle, mi cuerpo tiembla!

Dad-

Dadme favor, justo Cielo!
Dice, en fin, de esta manera.
Lee „Yo Doña Antonia Andrade, „muger de Don Bernardo del Pozuelo, estando postrada en la cama de la enfermedad, que Dios „nuestro señor se ha servido darme, y creyendo muy proxima mi „muerte, declaro, que la joven „Aniceta, no es hija mia; pues „viendo el extraordinario sentimiento de mi marido, y su tibio „amor por la falta de succesion, „me fingi embarazada, y en la ausencia que hizo á Cadiz, fié este „secreto de Patricio, criado de „nuestra casa, por cuyo medio me „hice con una niña recien nacida, „á la que se le puso por nombre „Aniceta, la qual al regreso de „mi esposo, fue recibida de él con „aquella terneza, que inspira el „amor paternal. Lo que confieso „para descargo de mi conciencia „á presencia de Don Isidro Valcarcel, Escribano Real de S. M., y „de otros muchos testigos. Y pido „á aquel dé testimonio de haberme „visto escribir, estando en mi sano juicio, esta declaracion; cuyos documentos entregará al dicho Patricio para que los ponga „en mano del expresado Don Bernardo del Pozuelo, mi marido, „para que en su vista crea, que la „dicha Aniceta no es hija nuestra. „Y le ruego encarecidamente me „perdone este exceso, que hice solo con el fin de agradarle, y aliviar su pesadumbre. Valladolid 28 „de Abril de 1768= Doña Antonia Andrade="
En fin, llegó mi amargura
á completarse! Aqui, asienta
Despues de haber visto el otro papel.
el Escribano por cierto,
lo que á él le toca, y se expresa
en este. No hay mas que ver!
No es hija mia!

Patri. Quién niega
esa verdad? Dos vecinas
de su infeliz madre, apenas
salió á luz, me la entregaron,
segun tenia con ellas
convenido. Madre, é hija,
eran las dos; por mas señas
que su casa la tenian
en la calle de las Huertas.
Conduje la niña á mi ama, (tra
(que esté en gloria) y fue tan dies-
en fingir el parto, que
no huvo quien no le tuviera
por verdadero.

Bern. Mas quienes
son los padres de Aniceta?

Patri. Padre no se la conoce:
pues su madre fue soltera;
y á su baxo nacimiento,
mas obscureció el tenerla.

Bern. Pero una planta tan mala;
pudo producir tan buena
rama? No lo creo. Mas,
una falsedad como esta,
cómo tu me la ocultaste
tanto tiempo?

Patri. No era fuerza
que el secreto, que ofreci
guardar á mi ama, cumpliera?

Bern. En agravio de tercero,
quien guarda un secreto, peca.
Pero cómo antes que á mi
lo descubriste á Aniceta?

Patri. Porque quise prevenir
vuestro corazon por ella.

Bern. Eres un traydor, un vil;
y si al Cielo no temiera,
con el ultimo castigo
me vengara de esta ofensa.
Vete de aqui.

Patri. Sañor, yo:::-

Bern. Vete.

Patri. Fuerza es que obedezca.

Vamos á pensar el modo *ap.*
de que calme esta tormenta. *vas.*

Bern. Ya esto no tiene remedio.
En tales casos, enseña
la razon, se use del medio
mas prudente. Y qué, á Aniceta
desampararaá el amor
paternal, que la profesa
mi alma! Yo consentiré
qué entregada á la miseria,
y al oprobrio viva? Oh, Dios!
Primero mi muerte sea!
Yo puedo dotarla: puedo
hacer:::- Nada me contenta,
en no haciendo todo quanto
me es posible hacer por ella.
Pero es fuerza meditar
bien este asunto. Me alegra

Despues de haber reflexionado.

este pensamiento. Pero
que dirán? Y quién se dexa
vencer de lo que dirán,
en siendo la intencion recta
como lo es la mia? El que
á la voz del mundo atienda,
y no á la de la virtud,
va engañado. Solo es esta
la que escucho: lo demás,
no me hace ninguna fuerza.
Esto es lo que importa ahora.
Perdona, amada Aniceta,
que es preciso atormentarte,
para que dichosa seas.
Ola!

Por la izquierda salen algunos Labradores, Marcela, y Don Luis, y por la derecha Ventura, Enrique, y otros Labradores.

Los unos Señor, qué nos mandas?

Los otros Decid, Señor, lo que ordenas?

Bern. Yo no te he llamado á tí.

A Enrique, que le hace cortesía para irse, y despues le detiene.

Oye: pues veniste, espera.
Sobrinos, criados, sabed,
para que este infeliz muera,
que Aniceta no es mi hija.
Su madre, que era soltera,
fue de un nacimiento obscuro,
y no hay por donde se sepa
quien fue su padre. Leed
la declaracion de vuestra
difunta tia, que todo
se declara bien en ella.

Le dá el papel á Luis, éste lee para sí. Enrique llega á él, y lee tambien.

Luis Aniceta desdichada!

Despues de haber leido.

Enr. Ah, desgraciada belleza!

Luis A mi corazon traspasan
los pesares que te cercan!

Enr. Quién pudiera remediarlos
con la sangre de mis venas!

Bern. Mucho lo sienten los dos; *ap.*
y esto á mi intencion no adequa.
La tendré oculta, hasta hacer
otra mas grande experiencia.
En efecto, este dolor
á mi corazon penetra!

Marc. Pobre ama mia!

Vent. Su alma
no es digna de la báxeza
que la da su nacimiento.

Bern. Dices bien, Ventura; y esa
reflexion, es la que mas
me entristece, y atormenta.

Enr. Mas, Señor, aunque merece
Aniceta compadezcan
todos su suerte, debeis
no sentirla de manera,
que estrago de este pesar,
vues-

vuestra amable vida sea.
Marc. Eso seria arrojar
la soga tras la caldera.
Enr. Ni he sabido de D. Carlos, *ap.*
ni Ventura satisfechas
dexó mis dudas, é ignoro
en que yo á mi tio ofenda.
Luis Templad vuestro sentimiento,
Señor.
Bern. Ay dulce Aniceta!
Id corriendo todos, id
á consolarla: ella entieda
su desgracia: pero hacedlo
con expresion tan discreta,
que sin que pueda ignorarlo,
que no lo decis parezca.
Todos Lo harémos asi, Señor,
si es que el tormento nos dexa.
Enr. Sacadme, Cielos piadosos,
de tan horribles tinieblas.

Vanse todos menos Ventura.

Bern. Ventura?
Vent. Solicitaba
mi ansioso corazon, esta
ocasion.
Bern. Pues vas á darme
de tus lealtades la prueva
mas grande. Dime de Enrique:::-
Vent. Diré de Enrique:::-
Bern. No tengas
temor.
Vent. Que en él, mal tratada
se ve, Señor, la inocencia.
Bern. Cómo?
Vent. Mi alma no es capaz
de acceder á la vileza
con que procuró Patricio
mancharla.
Bern. Patricio?
Vent. Quierán
los Cielos, que antes yo espire,
que contribuya á sus fieras
intenciones!
Bern. Qué me dices?
Vent. Que una muerte infeliz tenga
si á la verdad falto! Oidla,
que ella os habla por mi lengua.
Patricio es un traydor.
Bern. Calla,
que aqui puede su cautela
escucharnos. En mi quarto
me darás de todo cuenta.
Vent. Pero entre tanto, creed,
que en Enrique no se encuentra
sino bondad, y en Patricio
maldades.
Bern. Tu me consuelas!
Y verás que á estas castigo,
y que se premiar á aquella. *vanse.*

Salen Martin, y Marcela.

Marc. Todo esto pasa.
Mart. No andemos
en mas enredos, Marcela.
Del que levanté al Soldado,
te quieres vengar; pero esa
no pasa por acá.
Marc. Pues
acaso soy yo embustuera
como tú? Sabes que no hablas
palabra, que verdad sea?
Sabes, que de tus embrollos
ni estan libres las obejas,
pues contaste el otro dia
que una parió seis becerras,
y la vieja, que te oia
se hizo mas cruces, que estrellas
tiene el Cielo? Sabes:::-
Mart. Se
todo aquello que tu quieras;
pero yo no he de creer,
que no es del amo Aniceta
hija. Aun que yo miento mucho,
tambien á veces las hechas
tan grandes, que es menester
taparse bien las orejas,
para no quedarse sordo
del estallido, que pegan.
Marc. Mientes, picaron.

Mart. Si, miento.
Pues di, muger, no ta cuerdas
quando contaste cavias
visto un Lobo en la Dehesa,
con dos patas, y no mas?
Marc. Si ma cuerdo; y si tuvieras
soldemente una migaja
de razon, me agradecieras
tal mentira, porque el Lobo
eras tu.
Mart. Ola? Yo era,
he?
Marc. Pues no tallé hecho un zaque
tendio como una bestia?
Mart. Si, aquel dia empiné mucho,
y se subió á la cabeza.
Ahora digo, que en ti tengo
una muger muy discreta,
pues aunque explicas mis faltas,
las dices de tal manera,
que nadie comprehender puede,
que es por mi por quien las cuentas.

Sale Enrique.

Enr. Martin, hallaste al Soldado?
Mart. Señor, jui á varias tabernas,
al Hespital, y Mesones,
á la Plaza, y á las tiendas,
que son los sitios comunes
que los Soldados frecuentan.
Dempues anduve rodando
las calles, y callejuelas,
pero maldito el demonio,
si en parte alguna se encuentra.
Con que solo con diez pesos,
se paga mi diligencia.
Enr. Por qué sino le has hallado?
Mart. No andemos en frioleras,
que el trato es trato. Usted dixo,
que me daría á mi vuelta,
si le hallaba, veinte pesos.
Marc. Eso es verda.
Enr. Quién lo niega?
Mart. Yo ofrecí buscarle, y traerle;
con la mitad de mi oferta
cumplí en buscarle, usted haga
lo mismo con su promesa,
y nadie queda engañado,
partiendo la diferencia.

Saliendo Don Bernardo.

Enr. Calla, que viene mi tio.
Bern. Quién de Patricio creyera
tal maldad! A este impostor
darle un buen castigo es fuerza.
Mart. Nostramo, yo:::-

Llegando á Don Bernardo.

Bern. Idos de aqui.

Enfadado le da en un lado.

Mart. Me ha estropeado. Ven Mar- (cela.
Marc. Para destetar chiquillos,
la cara de mi amo es guena.

Vanse los dos, y Enrique quiere hacer lo propio.

Bern. Enrique, dónde vas tu?
Enr. Señor, de vuestra presencia
me retiro, porque sé
que os disgusto estando en ella.
Bern. Ya se acabó todo. Ven;
entre mis brazos te estrecha.
Enr. Ah, Señor! El alma en ellos
mi fiel respeto os entrega!
Bern. Dime, quien fue aquel Soldado,
que mandaste le tuviera
Ventura, en tu quarto oculto?
Enr. Un infelíz, que la adversa
fortuna, persiguió muchos
años; pero que hoy espera
su alivio. Le conocí
en San Roque, donde vuestra
bondad me embió, porque viese
el estado de la guerra
con Gibraltar. Le traté
á fondo, y me hizo una extensa
re-

relacion de sus desdichas,
de su estado, y su nobleza.
El es Teniente.
Bern. Teniente?
Qué grande fue mi imprudencia
en dar credito á un traydor,
y á un hombre ilustre hacer fuera
tenido por asesino!
Enr. Por asesino?
Bern. Y tu eras
quien el crimen promobias
contra mi.
Enr. Que me extremezca
al oiros, es preciso.
Bern. Ya está esa nuve desecha,
y tu inocencia aclarada.
Enr. Y ese impostor, quién fue?
Bern. Dexa
para despues el saberlo,
que su castigo haré veas.
Mas dónde está ese Soldado?
Enr. Por mas que mis diligencias
lo pretendieron, no he vuelto
á verle.
Bern. Mucho me pesa
no poder perdon pedirle
de las injustas ofensas
que le hize.
Enr. Pero, Señor,
no sabré:::-
Bern. Te daré cuenta
de todo á su tiempo. Dime,
como recibió Aniceta
aquella infausta noticia?
Enr. Con la mas humilde, y tierna
resignacion!
Bern. Alma amable! *ap.*
Pero yo discurro, que ella
te tendria mucho amor.
Enr. Ninguno: por la obediencia
se unia á mi.
Bern. Y eso, cómo
lo sabes?
Enr. Con su sincéra
claridad, me lo expresó.
Bern. Esta noticia me alegra. *ap.*
Y queria á Luis?
Enr. Lo mismo
que á mi.
Bern. Mejor. *ap.*
Enr. Solo al que era
reputado por su padre
tenia amor.
Bern. Me embelesa *ap.*
esta declaracion! Pero
finjamos. Yo bien quisiera
hacerla felíz; pero es
imposible. La baxeza
de su nacimiento, es
á su dicha en todo opuesta.
Enr. Mas la humanidad, Señor,
pide se la favorezca.
Bern. Ya hize quanto pude, Enrique,
y ya es otro tiempo. A verla
conmigo ven. Ahora voy *ap.*
á hacer la ultima experiencia. *vas.*
Enr. Aunque este golpe mortal,
tanto mi corazon sienta,
Cielos, yo os tributo gracias,
porque haceis, que mi inocencia
justificada se mire
de imposturas tan horrendas. *vas.*

El Salon con jardin. En una silla de brazos estará sentada Aniceta. Sobre la mano derecha tendra reclinado el rostro, apoyado el codo en el brazo de la silla. En esta situacion hará extremos de sentimiento. Doña Matilde, que estará á su lado, sentada en un taburete, manifestará en sus acciones el que le causa verla asi. Y despues de una corta intermision, dice con voz penetrante aparte.

Mat. Quando hallo á mí esposo,
quando
sus penas calman, y cesan
las mias: quando ya sabe
mi historia, que es tan funesta,
y yo la suya infelíz:
y quando, por fin, espera,
que

que derrame nuestro Rey
hoy sobre el su real clemencia,
me aguardaba este martirio!

Mirando á Aniceta.

Pero consolorla es fuerza.
Vamos, hija amada mia,

Con mucha terneza.

será bien que tu prudencia,
y resignacion amables,
en un instante se pierdan?
Anic. Pues Señora, que quereis
exigir de mi?

Con devilidad.

Mar. Unas pruebas
que me acrediten, que sabes
sentir; pero con discreta
templanza: al modo del que
al que está idropico intenta
curar, que dexa se enjuague,
mas no permite que beba.
Tu has perdido mucho; si;
pero mucho mas perdieras,
si hubieses asenso dado
á las horribles influencias
del cruel Patricio. Y qué, crees
que él no está pasando penas
mas atroces, que las tuyas!
Al que un pesar atormenta,
siente aquel pesar no mas.
Y al que acusa la conciencia,
todo quanto ve, le aflige,
le castiga, y desespera.
El disimula; mas dentro
del corazon, que cruel guerra
le hacen los remordimientos,
Que inseparables le cercan!
que es muy cobarde la culpa,
y un delito mucho acuerda.
En fin, hija mia, en todo
estado, la Providencia
piadosa nos oye. Todas
las lineas, al centro aciertan
por rumbos distintos. Pues
tranquilizate, y alienta,
Aniceta mia. En mi
una nueva madre encuentras,
que derramara su sangre
por ti: que abrirá las puertas
de su tierno corazon,
para que en él siempre tengas
morada fiel, norte fijo,
y un compañero en tus penas.

Aniceta, conmovida de la terneza de estas expresiones, se incorpora con eficacia, mira á Doña Matilde, quiere hablarla, la fuerza de su gratitud se lo impide, hasta que precipitandose á svs pies exclama.

Anic. Ah, Señora mia!
Mat. Hija,

La levanta, y reclina sobre su pecho.

levanta: á mi pecho llega,
y alimentete la sangre
que circula por mis venas!
Anic. Qué seno tan delicioso
para mi es este! El consuela
todas mis fatigas: y el
es el paño donde puedan
mis lagrimas recogerse,
por mas frecuentes que sean!

Se incorpora.

Perdí un padre que adoraba
tiernamente. La opulencia
perdí, que heredar debia:
la estimacion que tuviera
por hija suya, se ha vuelto
obscuridad. Todas estas
desgracias á un mismo tiempo,
que extraño, Señora, fuera
que la vida me quitaran!

Pe-

Pero con otras mas serias
reflexiones me consuelo.
Yo se bien, que las riquezas
son los ciertos enemigos
que el sueño, y quietud alteran.
Nada á las aves las falta,
por mas que nada posean.
Y el trabajo, y la fatiga,
gana el sustento á las fieras.
La nobleza de la sangre,
fue acierto de quien se hereda,
no merito del que luego
que sale al mundo, la encuentra.
Pero la virtud procede
de Dios, y aquel que la tenga,
todo lo tiene, por mas
sentimientos que padezca.
El oro, para lucir,
primero en el fuego suelta
la escoria. Para brillar
el diamante, la violencia
del acero, y de sí mismo,
animoso experimenta;
y aquello que los castiga,
es lo que los hermosea.
Me acuerdo que estuve un dia,
contemplando en una yedra
lo mismo que ahora me pasa.
Qué frondosa estaba, y fresca!
Mas la atencion puse, en que
inclinaba la cabeza
hasta sns raices; y dixe:
Esto es como quien no aprecia
la elevacion. Quanto este arbol
(continuaba yo) me enseña!
Quando lleguen á cortarle,
como estan sus ramas hechas
á estar en el suelo, en el
aun derribandolas, quedan;
y al que en la altura se abate,
el descenso no le altera.
Con que como ya en mi pecho
estas reflexiones eran
tan frecuentes, dispusieron
mi animo á sufrir, pues ellas
inspiran resignacion
al que sabe conocerlas,
y contrastan su desdicha,
su afliccion, su mal, y pena.

Mat. Otra vez dame los brazos,
que me hechizas, y embelesas.

Con sumo gozo.

Pero toda la familia,
con Don Bernardo, aqui llega.

Salen los Labradores, Martin, Marcela, Ventura, Don Luis, Don Enrique, y Don Bernardo, todos haciendo extremos de sentimiento. Aniceta apenas ve al que tenia por padre, corre precipitadamente, y se arroja á sus pies, él la levanta á sus brazos, quiere, y no puede hablarla de dolor.

Anic. Ah, padre mio! Dexad
que este dulce nombre sea
mi consuelo. En todos leo
(y no admiro que asi sea)
indelebles caracteres,
que mi improperio demuestran;
mas con la virtud, aguardo
que esta desgracia se venza.
En la Cartilla del dia
pasado, es donde se encuentra
leccion para el venidero;
porque es el tiempo una escuela,
en la que se leen abisos
de las propias experiencias.
Mi desdicha está vencida
con poco. Como yo os tenga
á mi vista, y pase desde
hija, á ser criada vuestra,
ni sentiré mis oprobrios,
ni quantas injurias puedan
sobrevenirme. Señor,
lo permitireis? Mis tiernas
lagrimas no han de lograrlo
de vuestra mucha clemencia?
No me lo negueis, Señor,

pues será mi muerte cierta.
Bern. Preciso es ser insensible, *ap.*
ó llorar tambien con ella.

Se limpia las lagrimas con disimulo.

Luis Qué espectaculo tan triste!
Enr. Ah, qué lastimosa Scena! *ap.*
Mart. Ahora tengo por verdad
lo que dixiste, Marcela.
Marc. Yo no miento.

Sale Patricio al bastidor, y al ver á todos se oculta en él, apenas dice los versos que siguen.

Patri. Oculto aqui *ap.*
ha de advertir mi cautela
lo que dicen, para hacer
despues lo que me combenga.
Anic. No me respondeis, Señor?
Bern. Sabe Dios que no quisiera!
Anic. Y por qué, Señor?
Bern. Por qué:::-
Oye. Esta es Aniceta,
Enrique, Luis. Esta es
aquella hermosura, aquella
que de vuestros corazones,
fue la idolatrada prenda.
Un delito la dió el ser.
No tiene padre: y se encuentra
en el seno del oprobrio.
Quién quiere casar con ella?

Enrique, y Luis á esta proposicion baxan los ojos, y guardan un profundo silencio.

Mart. Ay, que ninguno la quiere! *ap.*
Marc. Habrá mayor desverguenza! *ap.*
Antes porfia á amarla,
y á porfia aborrecerla
ahora que es pobre! Canallas!
Hay quién en los hombres crea!
Bern. No respondeis?
Anic. Padre:::-

Como queriendo estorvarle que continue.

Bern. Calla.
Qué decis?
Enr. Que aunque conserva
mi corazon el amor
puro, que tuvo á Aniceta,
no quiero mas desgraciada,
Señor, con mi mano hacerla.
A la injuria que ha heredado,
su mucha virtud supera;
y no faltará un dichoso,
que parta su bien con ella:
No yo, que aun el alimento
debo á las piedades vuestras.
Esto en mi no es despreciarla,
sino mucho mas quererla.
Bern. Tu pensar prudente alabo.
Mat. Quien de Enrique tal creyera!
Bern. Y tu, Luis, qué dices?
Luis Quando
hay las circunstancias mesmas
en mi, que en mi hermano Enrique,
puedo dar otra respuesta,
que la suya, Señor?
Bern. No;
y me causas complacencia.
Ya he salido de los dos; *ap.*
veamos ella como piensa.
Por qué suspiras, y lloras?
Con eso me harás que crea,
que á alguno amabas.
Anic. Señor,
pues no es natural que sienta
la ingratitud de los hombres?
Quien no vió aquellas ternezas
de amor, que me tributaron
los dos! Pero con certeza
os aseguro, que en mi
no hallaron correspondencia.
Esta es la verdad.
Bern. Y si
yo un esposo te tuviera,

qu

que felíz pudiera hacerte,
di, con gusto le admitieras?
Anic. Señor:::- *con turbacion.*
Bern. Responde.
Anic. Yo:::-
Bern. Qué?
Anic. En mi situacion:::-
Bern. El piensa,
que hace un merito muy grande,
en poder sacarte de ella.
Anic. Es que:::-
Bern. Habla.
Anic. Yo tengo:::-
Bern. Qué
tienes?
Anic. Amor. *con terneza.*
Bern. Amor? Esta *ap.*
confesion me ha confundido!
Patri. Mi admiracion es extrema
con lo que oigo! Seré yo
el que este amor le merezca?
Pues mal viene. Yo no tengo
amor, faltando la hacienda.
Bern. Apuremos este caso. *ap.*
Y ese, á quien amor profesas,
quien es?
Anic. No permite al labio
que de nombre, la verguenza.
Bern. Yo te pido lo declares.
Anic. Como he de negarme á esa
instancia? Aquel que tenia
por mi padre, solo reina
en mi corazon. A él solo
tengo amor.
Bern. A mi? Pues yo era (*gozo.*
el esposo que queria *temblando de*
darte.
Anic. Vos, Señor?
Bern. Yo. Llega
á mis brazos, si me admites.
Anic. Dexad que bese la tierra
que pisais. Yo seré mas
esclava, que esposa vuestra.
Qué felicidad!
Mat. Que dicha!
Mart. Se llevó el viejo la pera.
Enr. y Luis Yo mismo me felicito
por ver dichosa á Aniceta.
Bern. Adónde Patricio está,
para que el castigo sienta
de sus maldades. El fue
quien levantó á Enrique aquella
calumnia horrible.
Anic. El me dixo,
Señor, que vuestra hija no era;
pero que si le admitia
por mi esposo, toda aquella
desgracia, la desaria
quemando el papel de vuestra
difunta esposa: y asi
heredaría la hacienda,
que teneis. Este fue el fin
de ese traydor.
Bern. Yo haré sea
escarmiento de malvados.
Patri. Que de aqui escapar no pueda
sin ser visto!

Llaman.

Dentro Abran al Rey.
Bern. Al Rey? Ventura, la puerta
abre al instante.
Vent. Corriendo
voy, Señor. *vase.*
Anic. Mi pecho tiembla!
Qué puede ser esto?
Bern. Nada
te aflija, ni cause pena.

Salen Ventura, un Sargento, y dos Soldados armados.

Vent. Entrad, Señores.
Bern. Soldados
en mi casa?
Mart. Que tal fuera,
que por aquel testimonio,
estos Soldados vinieran
á prenderme?
Sarg. Quién es:::-
Mart. Dicho,

y hecho.
Sarg. Don Carlos Contreras,
que es Capitan nuestro?
Mat. Ya *ap.*
el Cielo me manifiesta
su benignidad.
Sarg. Callais,
y no merece respuesta
esta orden del Soberano,
que manda entregada sea
aqui, á nuestro Capitan?
Bern. Aqui no hay:::-
Mat. Si hay. La orden venga,

Se la quita.

porque yo la esposa soy
de Don Carlos de Contreras.
Bern. Que oigo!
Anic. Qué he escuchado, Cielos!
Todos Qué confusiones son estas!
Sarg. Y dónde está vuestro esposo?
Mat. Le traeré á vuestra presencia.
Vase.
Bern. Señor Sargento, yo ignoro
todo quanto aqui se obserba.
Enr. Que es Doña Matilde esposa *ap.*
de mi amigo? Felíz nueva!
Este el Soldado es que estaba
en mi quarto.

A Don Bernardo.

Bern. Qué me cuentas?
Mart. Y es un Capitan lo menos!
Pues á Dios; ahora me cuelga,

Sale Doña Matilde, sacando de la mano á Don Carlos, el que traerá en la suya el pliego.

Mat. Sal, esposo mio; y logra
las dichas que te franquea
nuestro piadoso Monarca.

El Sargenso se descubre, los Soldados estan plantados con el arma al hombro.

Vent. y Mart. El es!
Luis Qué reparo!
Carl. Vuestra
justa admiracion, despues
será por mi satisfecha.

Se quita el sombroro, besa, y pone en su frente la Real Orden; la abre, y lee para sí, y despues dice.

Nuestro augusto Soberano,
que viva edades eternas,
aqui mi crimen perdona,
y mis desgracias las premia
haciendome Capitan
desde hoy. Mas porque se entienda
mi historia, en pocas razones
la diré. Mi esposa es esta.
Teniente de Infantería
era yo, quando con ella
me casé. Mi Capitan,
cuya natural soberbia
era notoria, sin causa
me injurió un dia á presencia
de la Plana mayor. Yo,
viendo publica mi afrenta,
la lavé publicamente
con su sangre. Cayó en tierra
de una mortal estocada
que le dí. Sin que pudieran
prenderme, logré mi fuga,
y me embarqué. Dos Galeras
de Argelinos, consiguieron
cautivarnos. Las arenas
de Argél, doce años pisé
arrastrando la cadena,
que mi delito me puso.
El que entonces Consul era
de Francia, me tomó amor,
y me rescató. A mi vuelta
á la Patria, busqué ansioso,
en la suya, y en mi tierra
á mi esposa, la que en cinta
dexé al tiempo de mi ausencia.
No la hallé: se declaró
con los Ingleses la guerra,
y al campo de Gibraltar
pasé. Con su lado, y mesa

me

me fa voreció un amigo,
que entonces Capitan era,
y yo Alferez le dexé.
Hice una accion, que aun celebran
por heroyca los Ingleses:
pero aunque me dieron de ella
certificacion los Gefes,
esta se quedó suspensa
por no descubrirme. En este
tiempo se le recomienda
á mi amigo el Capitan
á Enrique, para que viera
el Campo. Le acompañé,
le amé, y en fin, le dí cuenta
de mi historia. Con el vine
á la Corte: a la Condesa
habló, y escribió: y en fin
se interesó su Excelencia
de modo con el Ministro,
que me ofreció lo que en esta
Real Orden cumple, y aun mas.
A ver à Enrique vine esta
madrugada, y sucedió
lo que sabeis: mi fe encuentra
á mi dulce esposa. Oculto
me tuvo en su quarto. Llega
la hora de nuestras fortunas,
que la real piedad dispensa,
y á disfrutarlas principio,
Señores, de esta manera.
Enrique, amigo del alma,
á mis dulces brazos llega;
que á lo mucho que te debo,
mi gratitud será eterna.

Enr. En ellos de mi amistad,
os doy, Señor, nuevas pruebas.

Todos. Qué particular suceso!

Anic. De admirada, á hablar no acierta
la lengua mia, Señora.
Mas como si propias fueran,
vuestras dichas solemnizo.

Mat. Tu vista me las aumenta.

Bern. Permitid, que á vuestros pies,
perdon os pida de aquella
impostura, que un traydor:::-

Carl. No es tiempo de esas frioleras,
sino de que solo el gozo
hoy en todos resplandezca.

Mart. Si Señor; y los enrredos
que pasaron, vayan juera.

Carl. Pero esposa mia, aquel
amado fruto de nuestra
dulce union, adónde está?

Mat. Yo, querido esposo, apenas
experimenté tu fuga,
vine á la Corte, y en ella,
aunque procuré tu indulto,
fueron vanas diligencias.
Ya sabes que me dexaste
constituida en tal pobreza,
que es inexplicable. Estaba
á una muy pobre vivienda
reducida. Mis vecinas
dos buenas mugeres eran,
pobres tambien. Llegó la hora
de mi parto; prontas ellas
me asistieron, y dí á luz
lo que ni miré siquiera;
porque rendida á un insulto
por tres horas, quando en fuerza
de martirios, volví en mi,
y pregunté por aquella
parte de mi corazon,
me dixeron nació muerta,
y que enterrado la habian,
por no darme mayor pena
con su vista. Este dolor
toleré con la paciencia
mas grande. En fin, recobré
todas mis perdidas fuerzas,
y hace quince años que entré
por Aya de mi Aniceta
en esta casa. Te hallé
en ella hoy, y mis penas
se cambiaron en fortunas,
en dichas, y en complacencias.

Pat. Quanto escuché, me ha admirado!
pero mis dichas encierra.

Bern. Buscad todos á Prtricio,
y traedle aquí.

Sale Patri. Ya está á vuestras
plantas rendido, Señor;

pi-

pidiendo se le conceda
el perdon de sus maldades;
que él sabrá solo por esta
accion, produciros una
alegria tan extrema;
que confesareis vos mismo,
merece esta recompensa.

Bern. Aun sin esa circunstancia
el perdon siempre tubieras.
Alza, y dame esa noticia.

Patri. Señora, no fueron esas
vecinas, que antes dixisteis,
madre, é hija?

Mat. Es cosa cierta

Patri. No se llamaba la madre
Doña Jacinta, y Teresa
la hija?

Mat. No hay duda.

Patri. Y decid:
en la calle de las Huertas
no viviais?

Mat. Es verdad.

Bern. Estas son las mismas señas, *ap.*
que antes me dió á mi.

Patri. Pues ya
la verdad es manifiesta.
Esas vecinas, Señora,
os robaron la hija vuestra,
y me la dieron á mi.

Los 2. Y dónde está?

Patri. Es Aniceta.

Todos se conmueven extremamente. D. Carlos, Matilde; y Aniceta corren á enlazarse.

Carl. y Mat. Qué oigo! Hija!

Anic. Padres mios!

Bern. Que es su hija! Dicha inmensa!

Los 3. El gozo me hace temblar!

Mart. y Marc. Este es encanto, ó novela?

Enr. Estoy despierto, ó dormido?

Luis Cielos, mis sentidos sueñan?

Mat. Mi hija eres, si, mi hija:
La misma naturaleza
me lo inspiraba!

Anic. Y á mi.

Carl. Que felices consecuencias
produce el haber venido
á verte, Enrique!

Enr. Dios sea
bendecido, muchas veces.

Bern. Pues ahora solo nos resta,
que sepais, que yo he criado
por hija mia á Aniceta,
que hoy se descubrió no lo es,
y á ser mi esposa dispuesta
está, si lo permitis.

Anic. Padres mios, haced cierta
mi dicha con esta union!

Los 2. Nuestro mayor gusto es ella.

Bern. Patricio, yo te doy gracias,
pues por tí mi esposa encuentra
á sus padres. Premiar debo
tu accion; porque todo sea
gusto, alegria, y contento.

Todos Viva nuestra ama Aniceta.

Bern. Desde hoy mismo te declaro,
Esposa, por mi heredera.
Gasta con tus padres todo
lo preciso á su decencia.
Sobrinos, yo os tengo esposas
ricas, hermosas, y honestas,
con las que sereis dichosos,
que es lo que mi amor desea.
Señor Sargento, usted tome,
y reparta esas monedas
con los Soldedos, pues trajo
tanto bien su diligencia.
Todos hallareis en mi
un padre, que os favorezca;
y en el que su padre fue,
un esposo mi Aniceta.

Anic. Y aqui benigno auditorio,
mi amor, y respeto esperan::::-

Todos Que el Marido de su Hija,
hoy tus aplausos merezca.

FIN.

pidiendo se la conceda
el perdon de su maldad
que al saber solo por esta
[illegible]
[illegible]
que confesareis vos mismo,
merece esta recompensa.

Bern. Aun sin esa circunstancia
[illegible]
[illegible]

Farf. Señorito, mi tercer [illegible]
vecinas, que antes dixeron
madre [illegible]

Mat. Es cosa cierta.

Farf. No la llamaba la madre
Doña Juana, y Teresa
la hija?

Mat. No hay duda.

Farf. Y [illegible]
en la calle de las [illegible]
[illegible]

Mat. Es verdad.

Bern. [illegible] son las mismas señas [illegible]
[illegible]

Farf. Pues ya
la verdad es manifiesta.
Esta vecina, Señora,
[illegible]
[illegible]

Ant. [illegible]

Bern. [illegible]

Todos se [illegible] D. Carlos, Matilde [illegible] con [illegible]

Carl. y Mat. ¡Qué oigo! ¡hija!

Ant. ¡Padres míos!

Bern. ¿Qué es tu hija? ¡Dicha imponsa!

Los 3. El gozo [illegible]

Mat. y Bern. [illegible]

Car. [illegible]

Los [illegible]

Mat. [illegible]

La alma [illegible]
[illegible]

Ant. [illegible]
[illegible] muy necias
[illegible]
[illegible]

Car. Dios sea
[illegible] muchas veces.

Bern. Pues ahora solo nos resta,
que [illegible]
por [illegible]
que hoy se descubrio no lo era,
y a ser mi esposa dispuesta
[illegible] lo permitia.

Ant. [illegible]
[illegible]

Los [illegible]

Bern. Fareslo, yo te doy gracias,
[illegible]
[illegible]
[illegible] porque todo [illegible]
[illegible]

Todos. [illegible]

Bern. [illegible]
Esposa, por mi [illegible]
Gasta con [illegible] todo
lo preciso a su decencia.
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] amor [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Todos hallareis en mi
un padre, [illegible]
[illegible] padre [illegible]
[illegible]

Ant. [illegible]
[illegible]

Todos. [illegible]
[illegible]

FIN.